

que fuese á hacer un pueblo con ciertos españoles á la tierra de Veragua, ó porque debian tener poder del Rey, ó quizá que los padres Hierónimos se lo habian dado cuando á Pedrarias se lo limitaron, como arriba desto se dijo algo; sabido por Pedrarias cuando llegó, rescibió grande alteracion, y quisiera luego ir á castigar al Diego Albitez, sino que como era muy sagaz y viejo experimentado, sufriose y disimuló por entónces por no impedirle la ida de Castilla, que él tanto deseaba. Salió, pues, Diego Albitez y su compañía del puerto del Darien con un bergantin y una carabela, y llegó á la isla de los Bastimentos, que muchas veces los indios della habian á los españoles hartado el hambre, salió luego el Cacique y señor della, con su gente á rescibillos, mostrándoles haber placer con su venida, puesto que más de creer es que no quisieran más vellos que ver al diablo. Habidos los bastimentos que allí pudo dalles, partiéronse para Veragua, y saltando en tierra, de noche, fueron á dar, sin ser sentidos, sobre el pueblo de un Cacique y señor, llamado Quezborne, que dormia seguro con su gente, descuidado, sin tal pensamiento; sintiendo los enemigos, salió con los suyos que pudieron tomar sus armas, ántes que fuesen desbarrigados de las espadas ó heridos, y comenzaron á pelear, segun pudieron, los cuales, al cabo, fueron, como suelen, fácilmente desbaratados, y el Cacique, con muchos de los suyos y mujeres y hijos, captivos. Viéndose el señor preso y todos los que bien queria, entendiendo que todo el fin último de los españoles era robar oro y tener en más lo más fino, dijo al Diego Albitez que los soltase á él y á los suyos, y los dejase en su tierra, pues no le habian ofendido, y dalle hía todo cuanto oro tenia; oidas estas nuevas, sabrosas para Diego Albitez y á los que con él venian, comenzóle á predicar el Evangelio que predicar solia, y díjole: "Sabé, señor y hermano Cacique, que sobre el sol y la luna está el gran Dios que nos hizo á todos y da la vida, el cual á los reyes de España, que son los señores de los cristianos que acá venimos, ha dado todos estos reinos y tierras vuestras, y para que os digamos que seais sus vasallos y os sometais á su Real dominio acá nos envian." Oido el sonido destas palabras, el Cacique, porque no entendia qué queria decir Dios, ni Rey, ni cristianos, más que todo se resolvía entender que pedía oro, dióle 3,000 pesos de oro y 30 indios por esclavos, por

que tambien sabia que aquel, eso mismo, era su fin y su granjería, y como hasta llegar á esto duraba su predicacion, dejó al Cacique y á los suyos algo contentos, aunque no bien pagados, y tornó á embarcarse y fuése la costa abajo, y entró en el puerto que Diego de Nicuesa puso puerto del Nombre de Dios, donde lo hallaron los del Darien, cuando lo fueron á buscar y llamar para que los gobernase, como á la larga en el libro II, cap. 66 dejamos escrito; allí hallaron que el navío de hacer mucha agua, sin podella vencer, se les iba á fondo; forzados desto se tornaron á la dicha isla de los Bastimentos, donde luego se les hundió.

El señor, Cacique de la dicha isla, llamado Paruráca (la penúltima lengua, segun creo), los pasó con su gente en canoas á la tierra firme (que pudiera ó en su tierra achocallos ó en la mar ahogallos), y desembarcólos en derecho de la tierra del Cacique llamado Capira, ó señor de la tierra llamada Capira, la penúltima lengua. Este, viéndose corrido y angustiado de los españoles, que estaban en Panamá y costa del Sur, y que por la otra parte de la costa del Norte sobrevenian otros españoles, de quien no esperaba menos malas obras, constrinóle la necesidad de venirse á poner en manos de Diego Albitez y sufrir sus tiranías, esperando que, por venir á dársele por amigo y traerle algun presente (que es costumbre universal de todos los indios nunca venir las manos vacías), se las mitigaria. De allí, hechos algunos saltos é insultos contra las gentes que por allí cercanas habia, tornóse hácia el Nombre de Dios; llegados allí, acordó el Diego Albitez de asentar en aquel lugar un pueblo, y púsole por nombre el que Diego de Nicuesa de ántes habia puesto al puerto que allí hay, conviene á saber, Nombre de Dios, el cual, por estar cercado de lugares muy bajos y montuosos, y el mismo asiento dél y todos por allí humidísimos, no tiene número la gente española que de enfermedades han perecido y mueren cada día, segun arriba quedó dicho. Háse allí sustentado por ser buen puerto para los navíos, aunque, como arriba tambien dijimos, la codicia y ansia de las riquezas no ha dejado abrir los ojos á pasar la contratación de la costa abajo, donde con menos daños y mucho menos trabajo se hallara donde poblar, y de donde se pasara á la mar del Sur. En el suelo deste pueblo, Nombre de Dios, hay una hierba verde,

de hasta un gemo de altura, con ciertas ramitas apadas, menudas, muy lindas, de una parte y de otra, de hechura de una pluma de pájaro, la cual, si le tocamos con un palo ó con otra cualquier cosa, ningun movimiento hace, pero si con el dedo, luego todas sus ramitas ó arpaduras y toda ella se encoje, como si fuese una cosa sensible, viva. Comenzóse á poblar este dicho pueblo, que ya tiene nombre de ciudad, al principio del año 1520, y porque hay mucho que decir de las otras partes destas Indias, desde el año de 1518, hasta el de 20, paremos aquí en la historia de la tierra firme, hasta que, cumplido con lo demas, volvamos á ella.

CAPITULO CIX.

* Por mandado de Diego Velazquez sale Juan de Grijalva á descubrir en la tierra de Yucatan.— De la visita que hizo á la isla de Cozumel.— Llegó á Yucatan y va en demanda del señor de Campeche.

Lo que al presente conviene aquí proseguir es el descubrimiento que Diego Velazquez prosiguió de la tierra de Yucatan, que Francisco Hernandez de Córdoba, de la manera que en el cap. 96 y los siguientes referimos, descubrió; y en fin del cap. 98 comenzamos á referir cómo Diego Velazquez, que la isla de Cuba gobernaba, cognoscido el descubrimiento que habia hecho Francisco Hernandez y las muestras que habian visto y traído de la riqueza que la tierra de Yucatan tener en sí mostraba, determinó de hacer otra armada y constituir por Capitan della á un Juan de Grijalva, y así, llegado Francisco Hernandez á la ciudad de Santiago, en canoas de indios, y de sus heridas bien lastimado, informándose dél y de algunos indios que de allá trujo bien á la larga de todo lo que de la tierra y gente della sentia, con lo que por allí habia pasado, hizo aparejar tres navíos y un bergantin con todo lo al viaje necesario, y con muchos rescates y cosas de Castilla para los trocar por oro, de que habia cierta esperanza. Halló voluntarios y bien dispuestos para tornar, y de los que no habian ido ántes, hasta 200 hombres, pocos menos, ó pocos más. Envió por piloto mayor de

la armada al mismo Anton de Alaminos, que habia descubierto la tierra con Francisco Hernandez; fueron por capitanes de los tres navíos un Francisco de Avila, mancebo de bien, sobrino de Gil Gonzalez de Avila, de quien hay que decir adelante, y Pedro de Alvarado, tambien mancebo, de quien hay que decir mucho más, y un Francisco de Montejo, que al cabo fué el que descubrió á la dicha tierra y reino de Yucatan. Entre otras provisiones que aquesta armada (y todas las destas islas se hacian de una á otra cuando las iban á sejuzar) llevaba, era llevar muchos indios de los naturales para servicio de los españoles, los cuales al cabo perecian, que no fué la más chica jactura dellos y plaga. Dió su instrucion Diego Velazquez al capitan general Juan de Grijalva, que por ninguna manera poblase en parte alguna de la tierra descubierta por Francisco Hernandez, ni en la que más descubriese, sino solamente que rescatare y dejase las gentes por donde anduviese pacíficas y en amor de los cristianos.

Despachados, pues, y bien proveídos los cuatro navíos, segun que para semejantes caminos se acostumbraba, salieron del puerto de Santiago al principio del año de 1518, y fueron á parar por la costa del Norte al puerto de Matanzas, que está 20 leguas ántes del de Carenas, puesto que todo es la provincia de la Habana. Tomaron allí cazabíes puercos y otras cosas de bastimentos de las estancias de algunos vecinos españoles que allí moraban, y partidos de aquel puerto y de Carenas, donde tambien por tomar más bastimentos entraron, fueron á dar en la isla de Cozumel, que está pegada, como arriba se vido, á la tierra firme de Yucatan, día de la Invencion de la Santa Cruz que cae á tres días de Mayo. Vinieron ciertos indios á los navíos en sus canoas, y trujeron unas calabazas de miel, que presentaron al Capitan, y él dióles de las cosas de Castilla; traía Grijalva un indio, por lengua, de los que de aquella tierra habia llevado consigo á la isla de Cuba Francisco Hernandez, con el cual se entendian en preguntas y respuestas algo, y por que por aquella parte no parecia pueblo alguno, alzaron velas y fueron costeaando la isla, de donde vieron muchas casas de piedra y edificios de cal y canto, altos y señalados, los cuales, segun despues se entendió, eran los templos de sus dioses á quien servian y honoraban. Entre los demas estaba un templo grande, muy bien labrado,

dieron. Recogieron los indios dentro de un albarrada de piedra y madera, de un estado en alto, que tenían por cierta parte del pueblo, y así no tuvieron tanto lugar los españoles de hacellos tanto mal como les hicieran, y también porque el mismo capitán Grijalva, que de su naturaleza no era cruel, antes blando, y de condición buena, prohibió á los españoles que los persiguiesen. Los indios mataron con una flecha, en aquel ímpetu, un español y muchos hirieron, entre los cuales salió también Juan de Grijalva herido, quebrado un diente y otro del todo perdido, y áun lastimada la lengua de un flechazo que le dieron; después vinieron algunos indios como á pedir treguas ó paz y que mostraban querer ser amigos de los españoles, según parecía, y convidaban que fuesen algunos españoles con ellos, como si les dijeran que fuesen á tratar la paz con su señor, según juzgaban los nuestros. Envió Grijalva dos ó tres, y llegaron hasta las albarradas y allí les dieron una máscara ó carátula de palo, cubierta de hoja de oro delgada, que en señal de paz enviaba al Capitán el Cacique; iban y venían muchos indios desarmados á ver los españoles, aunque no se osaban llegar á ellos. Recogieron su agua y sus tiros de artillería los españoles, y embarcáronse en las barcas, y así fuéronse á los navíos, dejando su amor entrafado en aquellas gentes, ó por verdad decir su temor horrible, de la manera dicha.

CAPITULO CXI.

* Llega Grijalva á un puerto, al que puso Puerto Deseado.—Entra en Tabasco por el río que lleva el nombre de Grijalva.—Del buen recibimiento que hicieron los indios á los cristianos, y de los regalos de oro y otras cosas con que el Cacique obsequió á Grijalva.

Partieron de allí de Champoton, según yo creo, puesto que algunos dijeron que de Lázaro y Campeche, como ya dije, la costa abajo en demanda de algún puerto, porque había muchos días que no lo habían topado en todo lo que habían navegado por la costa de la isla de Cozumel, ni de la de Yucatan, por adobar uno de los navíos que les hacia mucha agua, y á 10 leguas de Champoton hallaron un puerto, al cual lla-

maron, por la razón dicha, Puerto Deseado. Aquí adobaron el navío, y viniendo una canoa con cuatro indios á hacer sus negocios de pescar, ó de mercaderillos, los mandó tomar Grijalva, con color de que aprendiesen la lengua nuestra para servirse dellos por lenguas, harto inútilmente, no mirando que los hacían esclavos sin se lo merecer, y los privaban de sus mujeres, y hijos, y á los hijos y á los padres constituían en angustia y tristeza, y no chica calamidad. Desde aqueste Puerto Deseado, parecía la gran tierra de la Nueva España, que volvía á la mano derecha, como hacía el Norte; creyó el piloto Alaminos que fuese otra isla distinta de Yucatan, estimando también que Yucatan fuese isla. Preguntados los indios que tomaron, qué tierra era la que parecía, respondieron que era Colná, la última sílaba aguda; y esta es la que después llamamos Nueva España, y como á isla ó tierra distinta, indució al Capitán que fuesen á ella y tomasen della la posesión, como si no bastaran mil posesiones que se habían tomado por los reyes de Castilla en todo este orbe. Salieron, pues, del Puerto Deseado, por la costa abajo, que corría al Poniente, y vándose mirando la tierra, y llegáronse á un río grande, que creo llamaron de Sant Pedro y Sant Pablo, al ménos agora así se llama, 25 leguas del Puerto Deseado; por las riberas dél y costa de la mar vieron muchas gentes que estaban pasmados, mirando los navíos, cosa nunca dellos vista antes. Dan luego á cinco leguas más adelante en otro mayor, cuyo ímpetu echaba el agua dulce dos leguas y tres en la mar; este río bautizó Grijalva de su nombre, y así se llama hoy el río de Grijalva, el cual, ó el pueblo, ó la misma tierra, se llamaba por los vecinos naturales della, Tabasco; es tierra felicísima y abundantísima del cacao, que son las almendras de que usan por suave bebida, y por moneda en toda la Nueva España, y en más de 800 leguas, como se dirá, y por esto estaba aquella tierra pobladísima y plenísima de mortales.

Así que, entraron por el río arriba, hasta media ó cerca de una legua, donde estaba el pueblo principal, donde lanzaron sus anclas y pararon, y como la gente india vido los navíos, todos asombrados de ver barcos tan grandes, y gente barbada y vestida, y todo de tan nueva manera y diferente arte, salieron á defenderles la salida en su tierra y pueblo, hasta 6.000 hombres, á lo que se juzgaba, con sus armas,

arcos y flechas, y lanzas de palos, las puntas tostadas, y rodellas de ciertas mimbres ó varillas delgadas, todas ó la mayor parte cubiertas con unas chapas de oro fino, de plumas de diversos colores adornadas, y, porque era tarde, aquella noche toda se pasó en velarse ambas partes. En esclareciendo, vienen sobre cien canoas llenas de hombres armados á ponerse cerca de los navíos, y de entre ellas sale una, y acércase más á los navíos, para que se pudiese oír más su habla; levántase en ella un hombre de autoridad, que debía de ser Capitán ó principal entre ellos, y pregunta qué querían ó qué buscaban en tierras y señoríos ajenos; esta lengua no entendía el indio que traían de Cuba, pero entendíanla los cuatro que habían preso en la canoa, en el Puerto Deseado, y el de Cuba entendió á éstos, y éstos entendieron á los de Tabasco; y así respondió Grijalva que él y los cristianos no venían á hacerles mal alguno, sino á buscar oro, y que traían para pagárselo. Vuelve con la respuesta el Capitán de la canoa, y da nuevas á su Rey y señor, y á los que las esperaban, y dice parécete buena gente los cristianos; torna otra vez, y llegase al navío del capitán Grijalva, sin temor, y dice que á su señor place, y á todos sus súbditos, tener con él y con los cristianos amistad, y dalles del oro que tenía y recibir de lo que traían de su patria; el cual trujo una máscara de palo grande dorada muy hermosa, y ciertas cosas de pluma de diversos colores y bien vistosas, diciendo que su señor venía otro día á ver los cristianos. Grijalva le dió unas sartas de cuentas verdes de vidrio, y unas tijeras, y cuchillos, y un bonete de frisa colorado, y unos alpargates; las tijeras y los cuchillos fué lo que hizo al caso, porque con aquello pensó el intervinidor de la paz y amistad que iba bienaventurado. Acordó el Cacique y señor de la tierra ir á verse con los cristianos, y entra en una canoa, esquinada de gente, sin armas, y entra en el navío del capitán Grijalva, tan seguro como si fuera de su propio hermano.

Grijalva era gentil mancebo, de hasta veintiocho años, estaba vestido de un sayon de un carmesí-pelo, con lo demás que al sayon respondió, cosas ricas. Entrado y recibido por Grijalva el Cacique con mucho acatamiento, y abrazándose, y sentados, comenzóse la plática, de la cual muy poco el uno del otro entendían, más que por señas y algunos vocablos que declaraban los indios que habían tomado en el Puerto

Deseado, que los decían al indio que traían de Cuba; todo se creyó que iba á parar en que se holgaba en su venida y que quería ser su amigo, y después de hablado un rato, mandó el Cacique á uno de los que con él habían venido, que sacase lo que dentro de una que llamamos petaca, según la lengua de Méjico, que es como arca, hecha de palma y cubierta de cuero de venado, traía. Comienza á sacar piezas de oro, y algunas de palo cubiertas de hoja de oro, como si los hubiera hecho para Grijalva y á su medida, y el Cacique, por sus mismas manos, comiéndolo de armar desde los pies hasta la cabeza, quitando unas si no venían bien, y poniendo otras que con las demás convenían, y así lo armó todo de piezas de oro fino, como si lo armara de un arnés cumplido de acero hecho en Milan. Sin el armadura le dió muchas otras joyas de oro y de pluma, de las cuales algunas abajo se referirán. Cosa digna de ver la herinosura que entonces Grijalva tenía, y mucho más digna y encarecible considerar la liberalidad y humanidad de aquel infiel Cacique. Grijalva se lo agradeció cuanto le fué posible, y recompensó desta manera: hace sacar una muy rica camisa y vístela, después della desnúdase el sayon de carmesí é vístelo, é pónese una gorra de terciopelo muy buena, y hácelo calzar zapatos de cuero nuevos, y, finalmente, lo vistió y adornó lo mejor que él pudo, y dióle muchas otras cosas de los rescates de Castilla á todos los que con él habían venido. Valdría el sayon de carmesí, entre los españoles en aquel lugar, obra de 60 ó 70 ducados ó pesos de oro, cuando más, y las otras cosas que dió al Cacique y á los suyos otros 12 ó 15, pero lo que el Cacique dió á Grijalva subiría de más de 2 ó 3,000 castellanos ó pesos de oro; entre las piezas y armaduras que le dió, fué un casquete de palo cubierto de hoja de oro delgada, tres ó cuatro máscaras de palo, parte dellas cubiertas de piedras turquesas, que son madre de las esmeraldas, puestas á manera de obra mosaica, por muy lindo artificio, y parte cubiertas de hoja de oro y otras del todo cubiertas de oro, ciertas patenas para armar los pechos, dellas todas de oro, y otras de palo cubiertas de oro, y otras de oro, y piedras sembradas muy bien puestas, que las hacían más hermosas; muchas armaduras para las rodillas, dellas de oro puro, dellas de palo, dellas de cortesa de ciertos árboles, cubiertas todas de hoja de oro; seis ó siete collares de hoja de oro,

puestas sobre otras tiras de cuero de vena do; ciertas ajorcas de oro de tres dedos de ancho, ciertos zarcillos de oro para las orejas, ciertos rosarios de cuentas de barro cubiertas de oro, y otras sartas de oro puro huecas; una rodela cubierta de pluma de diversos colores, muy graciosa; una ropa de pluma y penachos della, vistosa, y otras muchas cosas cuya postura y artificio era maravilloso, y que, donde quiera, solas las manos y hechura costara mucho. Dijo se que de ciertos indios que habia tomado Grijalva, cuando comenzó á costear las riberas ó costa de Yucatán, dejando la de la isla de Cozumel, vido en el navío este Cacique uno y que lo pidió á Grijalva, y que daría por su rescate tanto peso de oro cuanto el indio pesase, y que no quiso Grijalva dárselo por pensar quizá de haber por él más; pero ésto yo no lo creo, lo uno, porque no hervia tan poco la codicia en él ni en los de su compañía que por un indio que hallaron y tomaron con otros en una canoa pescando, que probablemente se podía crear no ser señor, ni tener más calidad y hacienda que los otros, dejase seis ó siete arrobas de oro que podía pesar; lo otro, porque no parece que Grijalva cumpliera con el comedimiento que con él tuvo el Cacique, no concediéndole lo que le rogaba, mayormente si fué verdad que le ofrecia rescate. Finalmente, como quiera que haya sido, el Cacique quedó contento y los españoles tambien lo quedaron, y en tanto grado, que de aquí comenzó el ansia de querer poblar, quedándose en aquella tierra, como vieron tan buenas señales de su riqueza, y de murmurar de Grijalva porque no lo aceptaba, como se dirá.

CAPÍTULO CXII.

* Va á surgir Grijalva en la isleta de San Juan de Ulúa.—Del mucho amor y alegría con que le recibieron los indios, dándole joyas de oro y otras cosas.

Saliéronse de aquel rio de Tabasco, que llamaron desde allí el rio de Grijalva, y fueron costeano lo más cerca de tierra que podían, de donde vian toda la costa llena de poblaciones y de gentes que salían á mirar los navíos, que nunca otros habian visto. Yendo su camino con las barcas, to-

maron ciertos indios por fuerza, que iban en una ó en dos canoas, que no podían causar poco escándalo ni dejaban de ofender á Dios, trayéndolos contra su voluntad; luego les preguntaron, por señas, si habia oro por aquella tierra y respondieron que habia mucho. Hizo soltar á algunos dellos, diciéndoles que trujesen oro, y que les pagarian en las bujerías que les mostraron de Castilla. Ya tornaba la costa de la mar, del Poniente á la parte del Norte, y siguiendo su camino fueron á surgir con sus cuatro navíos junto á una isleta, que hoy llamamos Sant Juan de Ulúa, donde agora es el puerto de toda la Nueva España; ellos le pusieron entónces Sant Juan, y despues, como se entendió que los indios llamaban á toda aquella tierra Ulúa, afidióse á Sant Juan, Ulúa, y así se llama el puerto y la isleta, Sant Juan de Ulúa; el acento tiene la ú segunda. Habia en ella edificios de cal y canto, y en especial uno muy alto, que debia ser templo, donde habia un ídolo y muchas cabezas de hombres, y otros cuerpos muertos, de lo cual cognoscieron que debian de ofrecer hombres al ídolo, y por esta causa pusieron nombre á la isla, la Isla de los Sacrificios. Otro dia parecieron en la costa de la mar muchos indios con unas banderas, y hacian señas á los españoles que saliesen á tierra; envió el Capitan á un Francisco Montejo, con cierta gente, en una barca, para que supiese de qué arte estaban, si de paz ó de guerra, y qué querian ó pretendian llamando. Los. Llegó á la playa, y vinieron los indios á él con mucha alegría, mostrándole señas de paz, y como que holgaban de su venida, y luego le presentaron muchas mantas de algodón, pintadas de diversos colores, muy hermosas; preguntóles por señas, mostrándoles cosas de oro, si lo habia por aquella tierra, respondieronle que sí é que otro dia tornarian con ello. Tornaron como habian dicho, y con unas banderas blancas hacian señas y meneos, llamándolos que saliesen á tierra; salió Grijalva con alguna de su gente, y hallaron hechas unas ramadas de ramos de árboles, muy frescas, y hojas por el suelo, donde los españoles se metiesen, por el sol, y en el mismo suelo estaba la mesa, que era una manta muy hermosa, y sobre ella ciertos vasos de barro, bien hechos, á manera de escudillas hondas, llenas de aves, cortadas por menudo, con su caldo oloroso, como hecho potaje en cazuela, tenían puesto abundancia de pan de maíz, mezclado con masa de frí-

soles, que son atramuces, como ellos lo suelen hacer, y frutas diversas. Ofrecieronles unas mantas de algodón de colores, todo con grande placer y alegría, como si fueran sus propios hermanos, y entre otros regalos, que suelen hacer á los huéspedes como ya tenemos experiencia, dieron á cada español un cañuto encendido, lleno de cosas aromáticas, muy odoríferas, á la manera de unos mosquetes hechos de papel, de los cuales traen hácia sí el humo con el resuello, y sádeles por las narices. Diéronles algunas sartas de cuentas de colores, y dos bonetes y unos peines, y otras cosillas por ello.

Otro dia vinieron cierta cuadrilla de indios, y dos entre ellos principales, un viejo y el otro mozo, que parecian señores, padre y hijo; ántes que llegasen al Capitan, pusieron las manos en el suelo y besaronlas, que debia ser ceremonia significativa de paz y amistad y de buen hospedamiento, y ésto hecho, abrazaronle, mostrándole grande alegría de vello, como si fuera su deudo que hobiera muchos dias que no lo habia visto. Hablando en su lengua muchas palabras, y el Capitan en la suya, sin entenderse, pero todo resultaba é iba á parar en mostrar mucho amor y alegría los indios con su venida, y no menor era el placer de Grijalva y de los suyos en hallar gente tan buena y benigna, por la esperanza que de ser ricos de allí se les recrecia. Maldó luego aquel señor viejo á sus indios que trujesen luego ramos y hojas verdes y frescas, para hacer ramadas, donde los españoles se metiesen, y en mandar á los indios el viejo y el mozo mostraban, como señores, autoridad é imperio. Hizo señas el viejo al Capitan que se asentase y á los otros españoles, y lo primero dió al Capitan y á los españoles, que bastó, cada sendos cañutos de olores de los sobredichos; iban y venian muchos indios, todos sin armas, simplicísimamente, que parece que se convidaban unos á otros á que viniesen á ver á los españoles, y todos mostraban grande alegría y conversaban con ellos, como si fueran con sus muy propíncuos deudos ó muy amigos vecinos; y lo que más hacia al caso y deseo de los españoles, fué que comenzaron, por mandado del señor viejo, á traer muchas y diversas joyas de coral, muy hermosas y de maravilloso artificio, un collar de doce piezas de oro con muchos pinjantes, y ciertas sartas de cuentas redondas, de barro, doradas, que parecian todas de oro, y otras de menudas, muy bien

doradas; otras piezas de zarcillos para las orejas, dos máscaras, de obra mosaica, de piedras turquesas, con algunas puntas de oro, un moscador muy rico de plumas de diversos colores, como algunas cositas de hoja de oro y otras cosas. Dióseles por ésto ciertas sartas de cuentas verdes y otras pintadas que llamamos margaritas, y un espejo y un par de servillas para mujer. Los indios particulares andaban trocando sus pedacitos de oro y joyuelas, con los españoles, cada uno segun tenia que conmutar; aquel dia se pasó en ésto con mucho regocijo de los unos y de los otros, y abrazando el Cacique al Capitan, rogándole por señas, que otro dia tornase al mismo lugar y que ternia traído allí mucho más oro.

Luego, en amaneciendo, el dia siguiente, pareció en la playa mucha gente con ciertas banderas blancas, que debian ser señas de paz y amistad, los cuales, un tiro de piedra dentro en la tierra, y apartados de la mar, tenían ciertas ramadas de árboles y hojas grandes, de las que arriba dijimos, y desherbado todo alrededor, todo muy fresco y gracioso, para donde se metiesen los españoles á comer y recrearse. Salió el capitan Grijalva en tierra, con buen número de españoles, y así como el Cacique ó señor lo vido, viose á él y pone las manos en el suelo y besólas, y luego abrazó al Capitan con rostro muy alegre, y tómalo por el brazo y llévalo á las ramadas, y llegados y sentados sobre las hierbas y hojas, dá de los mosquetes encendidos, llenos de sahumerios, al Capitan y los españoles que á la par dél estaban, uno á cada uno. Mandó el Capitan hacer allí un altar, y que dijese misa el capellan que llevaban, y como el Cacique vido que aquello era señal de religion y ceremonias de divino culto, mandó traer ciertos brasericos con ascuas y poner dellos debajo del altar, y otros por allí alrededor ó cercanos al altar, y echar en ellos incienso y de las cosas aromáticas que solian ellos á sus ídolos incensar y sahumar, porque las gentes de aquella Nueva España fueron de las más religiosas que hobo jamás entre todas las naciones que no tuvieron conocimiento del verdadero Dios. Estuvo pasmado, y los indios que con él estaban, clavados los ojos, mirando las ceremonias de la misa, como en los indios siempre se halla tener grandísima atención notando los actos y obras que hacen nos ven. Así que, acabada la misa, mandó el señor traer de comer, y luego trujeron ciertos albaques ó cestillos de pan de

maíz, de diversas maneras hecho y cocido; trujeron frutas de la tierra y muchos platos hondos de barro, y quizá eran de las calabazas que llaman jícaras, muy pintadas por de fuera, llenas de potaje de carne bien guisada, que no supieron qué carne era, y no podía ser sino de aves, las gallinas que llamamos de papada, ó de venados. Comieron los guisados de buena gana, y dijeron que les supieron muy bien, y que les parecía que fuesen guisados con especias.

Acabada la comida, mandó traer el Cacique algunas joyas de oro en granos grandes, aunque parecía estar fundido; algunos zarcillos para las orejas y narices, ciertas sartas de cuentas gruesas y menudas, que debían ser la sustancia de madera, pero muy bien doradas; otras 15 ó 20 cuentas grandes, doradas, y al cabo una rana de oro muy sutilmente labrada; un ajorca de oro, muy rica, de cuatro dedos de ancho; otra sarta de cuentas doradas, con una cabeza de león de puro oro, y otras sartas con muchas cuentas, y alguna que tenía 70 ó más de ellas doradas, y al cabo una rana de oro al propio hecha; un rostro de piedra creta que verde, guarnecido de oro, con una corona de oro muy rica, y encima una cresta de oro y dos pinjantes de oro; un ídolo ó hombre de oro, pequeño, y con un moscador de oro, en la mano, con unas joyas de oro en las orejas, y en la cabeza unos cuernos de oro, y en la barriga una piedra que debía ser turquesa, muy linda, engastonada en oro. Entre estas joyas, aquí ó en otras partes deste viaje, se dijo haber rescatado una esmeralda ó piedra preciosa que valía ó que valió 2,000 ducados. Otras muchas cosas les dió, no tan principales, pero estas fueron las de más valor y más hermosura. Valía todo el oro que dieron más de 1,000 ducados, sin el valor de la hechura de algunas cosas dellas, que pudiera valer más que el oro que tenían. El Capitan le dió, en pago del presente rescibido, no con qué saliese de laceria, y fueron las joyas siguientes: un sayo, una caperuza de frisa colorada, y en ella una medalla, no de oro, sino de las falsas; una camisa de presilla, con algunas gayas ó labores, de hilo y no de seda; un paño de tocar; un cinto de cuero, con su bolsa; un cuchillo, y unas tijeras, y unos alpargates; unas servillas de mujer, unos zaraguíelles, dos espejos, dos peines y algunas sartas de cuentas de vidrio de diversos colores, todo lo cual valdría en Castilla tres ó cuatro ducados.

Aquel señor Cacique y su gente, estimándose por muy ricos con lo que Grijalva les había dado, y aún quizá creyendo que habían engañado á los españoles en más de la mitad de su justo precio, volvieron otro día con más ricas joyas para los tornar á engañar. Trujeron seis granos de oro fundido, grandes, no supe cuánto pesaron; siete collares muy ricos de oro puro, y otros cuatro collares pequeños de oro, los dos con sus arracadas y pinjantes de oro, y tres sartas de cuentas doradas, y nueve cuentas de oro; y un cabo, como patron, también de oro; otra sarta de cuentas de piedras, que ellos tienen por preciosas, y una ajorca de oro: esto lo principal. Dióseles por retorno un sayo azul y colorado de frisa de paño basto, un bonete de lo mismo, una camisa de lienzo, un cuchillo y unas tijeras, un espejo y un par de alpargates, y algunas sartas de cuentas de vidrio. Otro día tornaron á su rescate y contratacion, y dió el Cacique á Juan de Grijalva dos granos de oro que pesaron 12 ó 15 castellanos, un collar de oro de piezas hermosas de ver, ciertas sartas de cuentas doradas, y nueve cuentas, todas de oro pero huecas, muy bien artificiadadas, con un cabo de oro más grueso; una máscara de pedrerías, como las que arriba dijimos; pagóle Grijalva con obra de 4 á 5 reales de valor, conviene á saber, un par de alpargates, un cinto de cuero con su bolsa, un paño de cabeza, unas servillas de mujer y dos ó tres sartas de cuentas de vidrio, que llamamos margaritas por ser de diversos colores, y cada sarta podía ser de 50 cuentas, como acá vienen comunmente y así las solíamos con los indios tratar y conmutar.

CAPITULO CXIII.

De cómo los cristianos instaban á Grijalva que se quedasen y poblasen, á lo que se resistió él, alegando que lo traía prohibido por el que le había enviado.—Despacha á Pedro de Alvarado á Cuba con las noticias de las tierras que había descubierto.—Indígnase Diego Velazquez contra Grijalva porque no se quedó á poblar, y determina hacer otra armada y enviar otro Capitan.—Llega Grijalva hasta cerca de la provincia de Pánuco.—Llega á la vuelta á un puerto al que puso puerto de Sant Anton.—Torna á Cuba despues de tocar en Champotón y Campeche.—Visto por los españoles ser todos aque-

tos rescates y conmutaciones señales de haber en aquella tierra mucha cantidad de oro, y la gente della tan pacífica, franca y liberal, y por consiguiente, haber grande aparejo para henchir las bolsas y ser ricos señores á tan poca costa, comenzaron á renovar el clamor que en la tierra de Yucatan habían comenzado diciendo á su capitán Grijalva, con gran importunidad y murmurio, que pues Dios les mostraba tierra tan rica y gente tan bien acondicionada, donde fuesen bienaventurados, tuviese por bien de que allí poblasen, y en un navío de aquellos cuatro hiciesen saber á Diego Velazquez su bienandanza, enviándole todo el oro y joyas que habían rescatado, para que les enviase más gente y rescates, y armas, y otras cosas, para su poblacion necesarias; ofreciéndose todos á que lo ternia por bueno Diego Velazquez, no embargante que por la instruccion que le había dado trujese prohibido que no poblase, sino que descubriese y rescatare. Juan de Grijalva, era de tal condicion de su natural, que no hiciera, cuanto á la obediencia y á un cuanto á humildad y otras buenas propiedades, mal fraile, y por esta causa, si se juntaran todos los del mundo, no quebrantara por su voluntad de un punto ni una letra de lo que por la instruccion se le mandaba, aunque supiera que lo habían de hacer tajadas. Yo lo cognoscí é conversé harto, y entendí siempre del ser á virtud y obediencia y buenas costumbres inclinado, y muy sujeto á lo que los mayores le mandasen. Así que, por más ruegos, requerimientos, y razones importunas que le hicieron y representaron, no pudieron con él que poblase, alegando que lo traía prohibido por el que le había enviado, y que no para más de descubrir é rescatar tenia poder ni mando, y que con cumplir la Instruccion que se le dió haria pago. Vista su determinacion, todos comenzaron á blasfemar dél, y á tenello en poco, y fué maravilla no perderle la vergüenza, y salirse todos en tierra y poblar, dejándolo ó enviándolo en un navío á Diego Velazquez; y porque un navío de aquellos hacia mucha agua, y tenia necesidad de se adobar, acordó Grijalva de lo enviar á la isla de Cuba, con la gente que andaba indispueta, y que llevase las buenas nuevas de la buena tierra rica, y gente pacífica, y el oro y joyas que habían rescatado.

Con esta embajada envió á Pedro de Alvarado, que debía ser el Capitan del mismo navío que tenia necesidad de ser ado-

bado, el cual al cabo de ciertos dias llegó á la isla, y dada cuenta de la riqueza que habían hallado, y dando quejas todos los que en el navío habían ido de Grijalva, porque pidiéndoselo todos, no quiso poblar ni dejar poblar tan felice y rica tierra, moviéndose á ira contra Grijalva Diego Velazquez, porque no lo había hecho habiéndolo él mandado y dado por instruccion que por ninguna manera poblase. Pero era Diego Velazquez de aquella condicion, y terrible para los que le servian y ayudaban, y fácilmente se indignaba contra aquellos de quien le decian mal, por ser más crédulo de lo que debía. Finalmente, indignado contra Grijalva, porque no había poblado contra su mandato, determinó, antes que Grijalva viniese, de hacer otra armada, y enviar otro Capitan, y hobo al cabo de dar en quien no le obedeció tan fielmente como Grijalva, que la hacienda y la honra, y que lo que desde allí vivió viviese amarga y triste vida, y al fin la perdiese, y el alma sabe Dios por aquella causa en qué paró. Y dejado aparte que había muchas razones por las cuales Dios le castigase, por haberse hecho rico de la sangre de aquellas gentes de la isla de Cuba, y de las matanzas que ayudó á hacer en esta Española, en especial la de la provincia de Xaraguá, como en el capítulo 9º del libro II, pareció, pero parece que quiso nuestro Señor affigille en pago de no agradecer á Grijalva la obediencia que le guardaba, cumpliendo estrechamente su mandato, en no poblar, de donde al mismo Grijalva le fuera muy mejor, y así permitió Dios que enviase á quien áun antes que partiese se la negó, como parecerá.

Partido Pedro de Alvarado para Cuba, Grijalva, con sus tres navíos, fuese la costa abajo, descubriendo por ella muchas lenguas, y llegó hasta cerca de la provincia de Pánuco, y visto que toda era una tierra, y estimaban ser tierra firme, acordaron tornarse por el camino donde había venido, y enderezar su viaje para la isla de Cuba á dar cuenta á Diego Velazquez de la prosperidad de su descubrimiento y camino. A la vuelta, en cierta parte de aquella costa de mar, como siempre venian cerca de tierra, salieron al encuentro ciertas canoas ó barquillos de los indios, llenas dellas, armados con sus arcos y flechas, y comenzaron á tirar á la gente de los navíos, pero como los españoles no se solian dormir, sueltan algunos tiros de artillería y escopetas, y á saetadas, muertos y heridos algunos